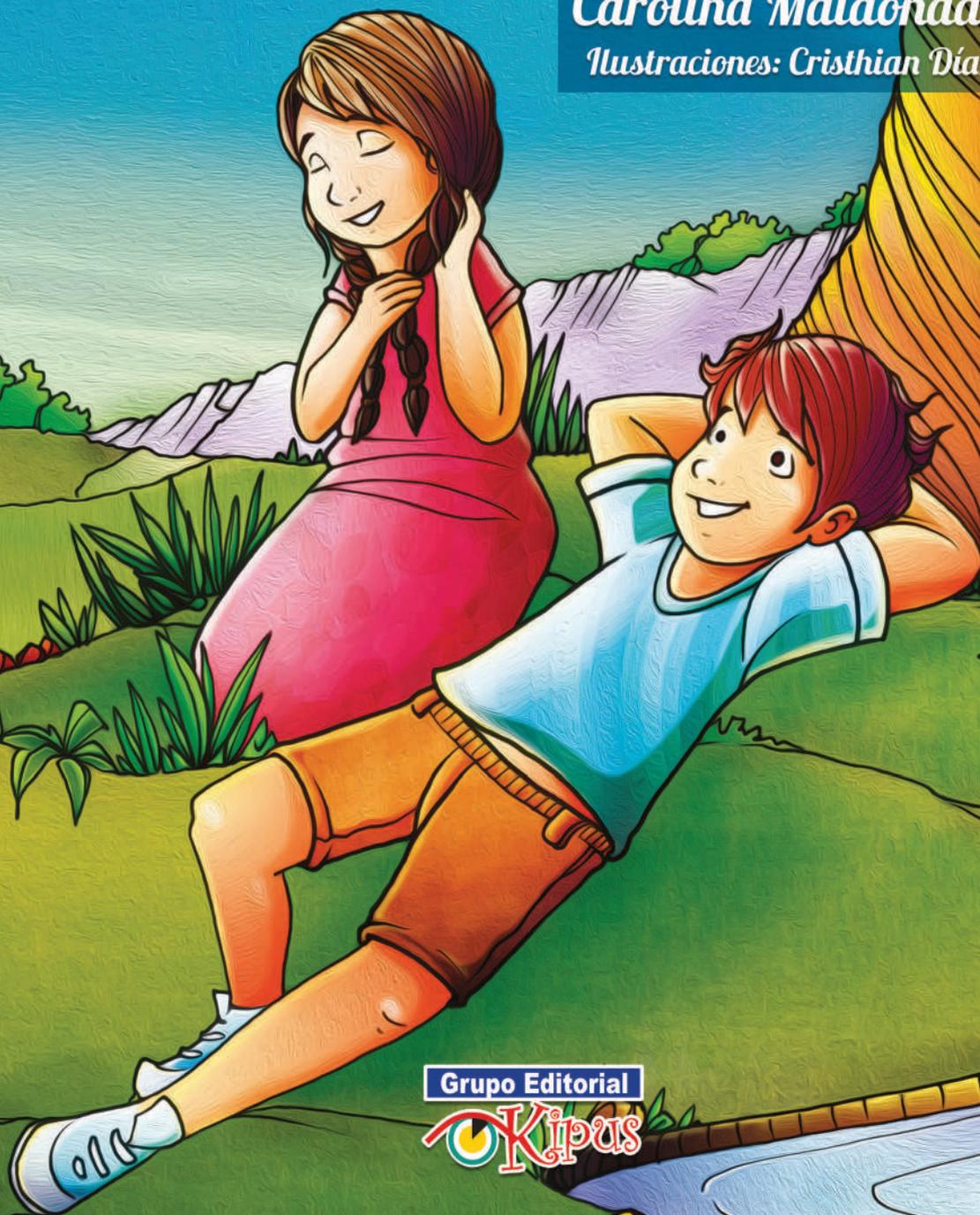


Archi y las trenzas de Eliana

Carolina Maldonado Leyes

Ilustraciones: Cristhian Díaz Peralta



Grupo Editorial

Kipus



Querido(a) lector(a):

Te presento tres historias en una,
o una historia en tres. Puedes ir
trenzándolas capítulo tras capítulo
o leerlas un color a la vez.





CAPÍTULO I

“A los niños buenos les pasan cosas buenas; a los malos, malas”, solía decir mi tía Eugenia. Sin embargo, debo decir, ésa es la mentira más grande que existe. ¿Por qué lo digo? Pues porque yo fui uno de los malos.

Han pasado muchos años desde mi niñez y, aunque ya tengo edad para jubilarme, todavía trabajo arduamente. Y no porque me haga falta algo, sino porque nunca nada es suficiente. Soy abogado y uno de los mejores, debo decir. Todos en el bufete me respetan o, aún mejor, me temen. Gano muy bien y vivo cómodamente.

Ahora estoy de ida a reclamar una propiedad de una clienta mía que, al morir y al no tener familiar alguno, le dejó su vivienda a su humilde servidor, claro está, sin siquiera sospecharlo.

Ya sé lo que están pensando; seguro dirán: “qué abusivo... estafador...qué... *malo*”. La verdad, no me importa; son tantos años ya de insultos y desprecios que he aprendido a ignorar lo que opina la gente. En realidad, ignorarlos por completo a todos. Prefiero estar solo.

Claro, no siempre fui así. Al principio, cuando era chico, creía en todo lo que los grandes me decían: en sus consejos y promesas o, mejor dicho, advertencias y amenazas. Así que me esforzaba por ser un buen niño, obediente y educado. Sin embargo, nunca percibí aquellas “cosas buenas” de las que hablaba la tía Eugenia. O quizás, pensándolo bien, las cosas buenas de los niños malos me parecían mucho más buenas que las de los buenos.

En la escuela, estos niños, los “malos”, eran los que mejor la pasaban: tenían los juguetes que querían, aunque no fueran suyos, nunca les faltaba comida en los recreos e incluso lograban “hacer la tarea” sin tener que hacerla. Éstos eran llamados los “Abusivos” o “Bravucones” de la escuela, títulos que no hacían más que dar cierta *legitimidad* a su proceder.

El resto de los niños se dividía en dos grupos: los “Abusados” y los “Espectadores”. Los primeros eran el blanco de burla y desprecio de los Abusivos; lamentablemente, no podían hacer nada al respecto. Los segundos, es decir los Espectadores, por alguna extraña razón, si no por mágica suerte,

eran los ignorados. Se llamaban así porque se limitaban a observar las fechorías de los Abusivos; nunca intervenían.

Yo nunca fui un niño abusado, pero estuve a punto de serlo. Recuerdo bien aquel día, como si fuera ayer: una simple decisión cambió mi vida.

El sol empezaba su descenso detrás de las montañas y el viento soplaba amenamente por el valle. En lo alto, dos coloridos cometas se divertían jugando mientras, abajo, un par de niños se divertían conversando.

Archi y Eliana se habían hecho muy buenos amigos desde el día en que se conocieron. Archi, así le había apodado Eliana, la conoció cuando ella llegó de su comunidad al pueblo para vivir con su madrina. Eliana era una niña hermosa, de ojos verdes, piel morena y siempre peinada con un par de trenzas que le asomaban por detrás de las orejas y caían sobre sus hombros.

—¿De dónde vienes? —preguntó el niño mientras ayudaba a meter los bultos de papa que había mandado la mamá de la niña a su comadre.

—De una comunidad bien adentro.

—¿Y cómo te llamas?

—Eliana y voy a vivir aquí, para poder entrar a la escuela. ¿Tú vas a la escuela?

—Claro que va —interrumpió la madrina, una señora de pollera muy grande y risueña.

—Es el hijo del señor Archondo, el dueño del almacén de enfrente.

—¿Archondo? —preguntó Eliana tratando de contener la risa—. Mejor te digo Archi. ¿Qué te parece?

—Me gusta —respondió el niño algo avergonzado—. ¡Nos vemos en la escuela! —y salió corriendo para su casa.

Los días que siguieron fueron muy divertidos para ambos. A los dos les gustaba mucho contar y escuchar historias; y, claro, cada uno tenía mucho que contar. Archi comenzó por las historias que conocía de los habitantes del pueblo: sobre la madrina de Eliana y de la fama interprovincial que tenían sus sándwiches de chorizo; sobre las parejas de enamorados y sus chistosas peleas; sobre las





tristezas de Don Jacinto, el jardinero; y sobre Doña Mechi y su hijo que siempre le mataba el cambio...En fin, Archi era muy bueno contando la vida de los demás.

Las historias de Eliana eran muy diferentes. Ella le contaba sobre el campo, sobre la siembra y la cosecha, sobre la Madre Tierra. Le hablaba de las estrellas, de sus juegos en el río y de las tardes que se pasaba trepada en los árboles comiendo deliciosos duraznos.

Pero las historias con las que más se emocionaba Eliana eran las que su abuela le contaba cuando trenzaba su cabello. Historias como aquella sobre los Tatas de las montañas; sobre el Jilguero que le cantaba a las Ñustas; o sobre los misterios del tiempo ancestral. “Hoy te voy a contar”, le decía mientras la peinaba, “de la vez en que los animales se reunieron y decidieron desterrar al hombre, por los muchos abusos que cometía”.

–Y hablando de abusos -interrumpió Archi-, ¿qué te parece el nuevo niño de la escuela?

–¡Manuel! -respondió Eliana, visiblemente afectada- No sé qué le pasa a ese niño. ¡Quién se cree que es para tratar así a los demás!

–Tal vez era así en su otra escuela... -trató de justificar Archi.

–En ningún lugar, tiempo o circunstancia NADIE -subrayó la niña- merece ser maltratado.

–Ya hablas como tu abuela.

La niña miró severamente a su amigo, quien de inmediato borró la pequeña sonrisa que traía en el rostro. Después de un instante y de respirar profundamente, Eliana, con las manos nuevamente sobre sus trenzas, sentenció:

–Debemos hacer algo al respecto.

Domingo 29 de junio.

Querido Diario:

Faltan exactamente dos semanas para las vacaciones de invierno. Ya se siente bastante frío, sobre todo en la mañanita y al anochecer, pero sabes que no es por eso que ansío que termine el colegio: Sí, es Sandra otra vez.

El viernes pasado teníamos que entregar unos mapas como tarea y yo cumplí con lo pactado: hice un juego para ella y otro para mí. Pero cuando se los entregué, Sandra me quitó la mochila y mientras sus amigas me sujetaban sacó los míos y los rompió en mil pedazos.

“Toma Pecosá, bótalos al basurero”, me dijo, arrojándolos en mi cara. Todas se rieron; los demás solo observaron. Quise contener las lágrimas, pero no pude. Entonces, Fabiola me señaló diciendo: “¡Ohhh! La bebé está llorando”, a lo que Sandra añadió: “No lo tomes a mal, no podía arriesgarme a que el profesor se diera cuenta”.

¡Claro que no se daría cuenta! ¿Crees que yo haría ambas tareas iguales? Pero ella ni siquiera se tomó un minuto para fijarse. ¿Qué podía hacer? Ya antes había tratado de decirle al profesor pero, ¿te acuerdas de lo mal que me fue? Últimamente, ir al colegio se ha vuelto una tortura.

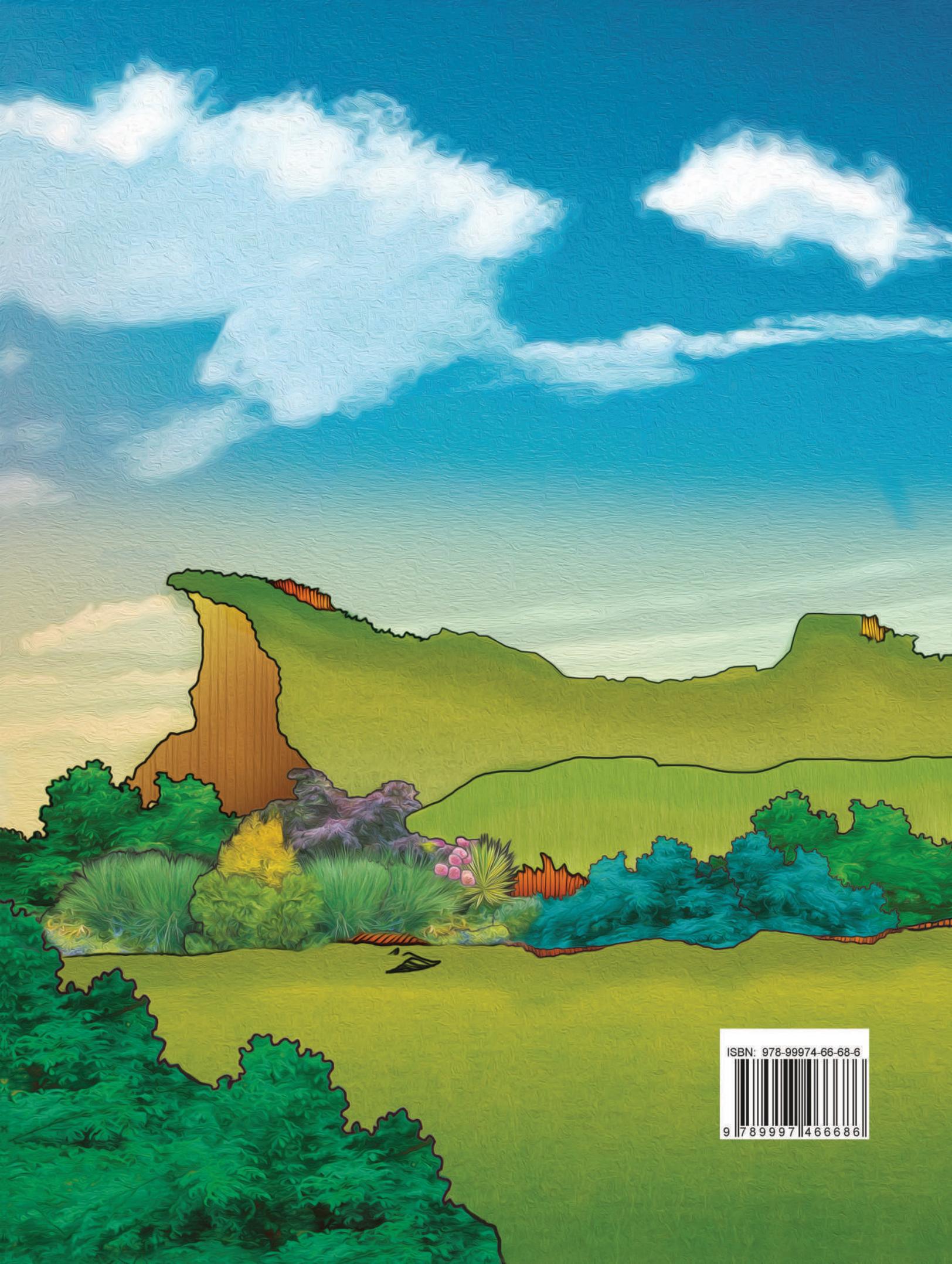
Pero cambiando de tema, te cuento algo bueno: Nana se mudará a mi habitación. Llegará un tío y usará el cuarto de huéspedes. No lo conozco pero, por lo que he escuchado hablar a mis padres, no parece ser muy buena persona; prácticamente lo están alojando por obligación. Creo que se quedará solamente un par de días.

Nana me dijo que no debería preocuparme por su visita. Le dije que no pensaba hablarle. Ella me respondió que no debía sacar conclusiones antes de tiempo. “Pero, ¿y si resulta ser un gruñón después de todo?”, le pregunté y me dijo que aún así debería tratarlo con bondad. Y aunque protesté y me rehusé, Nana me dijo: “No debes dejar que el comportamiento de otros defina cómo te has de comportar tú”. Y entonces cerró la conversación con uno de sus dichos favoritos: “Somos buenos porque queremos serlo”.

Estoy feliz de tener a Nana con nosotros; se quedará hasta que el abuelo vuelva de viaje. Entonces volverá a su pueblo.

Sabes, no estoy muy segura de lo que dice Nana; eso de ser amable con todos a veces no parece justo. Cuando la gente te trata bien claro que es fácil corresponder de la misma forma, pero cuando no... A veces quisiera decirles todas sus verdades, a Sandra y al montón de sus dizque amigas, pero no tengo valor ni a nadie que me ayude. Eso también me da mucha rabia: el resto de los chicos y chicas que se quedan viendo sin hacer nada. Si tan solo encontrara a alguien más valiente que yo...





ISBN: 978-99974-66-68-6



9 789997 466686